

disparos hicieron pasando las pelotas por alto, y sólo una dió en los asaltantes matando tres hombres. La caballería que debía apoyar las piezas no fué de ningun provecho. "E el marques tuvo aviso de "cortar é hacer cortar los látigos de las cinchas de los caballos, que "como pensaban desde á poco salir del campo, todos tenían ensilla- "dos sus caballos y comiendo; é algunos que acudien á enfrenarlos, "como estaban los látigos cortados, en cabalgando luego caien, ó "desde á poco." (1)

Velázquez de Leon se dirigió contra el teocalli, defendido por el jóven Diego Velázquez y el punto confiado á Salvatierra; más aunque este capitán se fingió enfermo; los lugares se defendieron briosamente al grito de "Viva el rey y Diego Velázquez." Cortés, quedando á retaguardia apoyaba el empuje general y como los soldados de Narvaez acudían á la defensa pocos á pocos, les quitaba las armas y tomaba prisioneros.

Delante de los aposentos de Narvaez estaban colocados algunos tiros pequeños; sobrecogidos los artilleros, cebaban sobre la cera con que estaba tapado el oído, sin lograr producir un disparo. Sin esfuerzo alguno, Sandoval se apoderó de aquella artillería, trepando en seguida con sus ochenta veteranos las gradas del teocalli, defendido valientemente por Narvaez y los hidalgos que le acompañaban. Subían briosamente los asaltantes escalon por escalon, pero recibidos con denuedo, detuvieron el avance y aún perdieron algunas gradas. Socorridos por Pizarro con parte de sus compañeros, recobraron lo perdido, empujaron á sus contrarios hasta el atrio superior, haciéndoles encerrar dentro de los aposentos. Trabóse rudo combate por forzar la entrada, penetraron algunos, y de improviso se oyó á Narvaez diciendo: "Santa María, váleme, que muerto me han, y quebrado un ojo." Al oír aquellas voces, los triunfantes veteranos prorumpieron gritando: "Victoria, victoria por los del nombre del "Espíritu Santo, que muerto es Narvaez." No obstante, los del aposento se defendían obstinadamente, hasta que Martín López pegó fuego á los techos que eran de paja; la llama y el humo desalojaron á los defensores, quienes salieron y se precipitaron sobre sus enemigos con intento de tomar la gradería para escapar; mas todos

(1) Relac. de Andrés de Tapia, pág. 590. Bernal Díaz, cap. CXXII. Resid. de Cortés; Alonso Perez, tom. 2, pág. 85.

quedaron prisioneros. Entónces fué preso Narvaez; quien primero le puso mano fué Pero Sánchez Farfan, "é yo (Bernal Díaz), se lo "dí al Sandoval y á otros capitanes del mismo Narvaez que con él "estaban todavía dando voces y apellidando: "Viva el rey, viva el "rey, y en su real nombre Cortés; vitoria, vitoria, que muerto es "Narvaez." (1)

Cuando tomaron preso á Narvaez, se le vió un ojo quebrado; creyéndose en gran peligro de perder la vida exclamó: "Hidalgos, por amor de Dios no me mateis; llevadme á donde está Cortés." A los gritos de triunfo llegó éste tan sin aliento, que no podía pronunciar las palabras, y al acercarse al prisionero le dijo: "Traidor, revolvedor de huestes, más mal de ese habíades de haber é merecíades," y replicó Narvaez; "En vuestro poder me teneis, por amor de Dios, no consintais que estos hidalgos me maten." (2) Cortés recomendó á Sandoval tuviese á buen recaudo al desdichado capitán, é inmediatamente hizo dar un pregon á nombre del rey y en el suyo como capitán general y justicia mayor, previniendo que todos se le sometiesen, viniendo á jurarle obediencia, pena de la vida.

Sin jefes ni dirección alguna, la mayor parte de los soldados se entregaron, si bien muchos se desbandaron saliéndose por los campos; este partido tomó la caballería. Sólo peleaban porfiadamente los encastillados en dos teocalli; cargaron sobre ellos las fuerzas unidas de los vencedores, é intimándoles se rindiesen los del jóven Diego Velázquez, contestaron: "Viva el rey y Diego Velázquez." Se asestó contra ellos su propia artillería, disparándola primero por lo alto y despues con certera puntería; recibiendo daño, mirándose apretados y sin socorro, se rindieron, resultando herido el jóven Velázquez, quedando enfermo del estómago el bravo Salvatierra. Entregados aquellos dos últimos baluartes, desarmada la gente, D. Hernando mandó dar segundo pregon, previniendo, que ninguno anduviese con armas, y cada quien entregase las que tuviera, á los alguaciles del campo; "y todo esto era de noche, que no amanecía, y aún llovía de rato en rato, y entónces salía la luna." (3) Era mártes veintinueve de Mayo.

(1) Bernal Díaz, cap. CXXII. Resid. de Cortés; Juan Tirado, tom. 2, pág. 12.

(2) Resid. de Cortés; Andrés de Monjaraz, tom. 2 pág. 51.

(3) Bernal Díaz, cap. CXXII. Relac. de Andrés de Tapia, pág. 590 y sig. Herrera, dec. 11, lib. X, cap. IV. Cartas de Relac. pág. 127.—30. Resid. de Cortés; An-

El ejército estaba vencido, mas la confusión reinaba en el campamento, é indispensable se hacía tomar algunas disposiciones. Todos los soldados fueron desarmados. (1) Usando Cortés de una de sus acostumbradas astucias, "mandó al capitán que tenía á cargo los presos, que si viese revuelta alguna, ó que los del campo venían, "matase todos los presos, é esto lo mandó decir en manera que el "general de los contrarios y los demás prisioneros lo oyeran, é el general les envió una señal á les mandar é rogar que viniesen á la "obediencia del marqués, por le dar la vida á él é á los presos; é así "vinieron é se dieron á prision, é así el marqués, haciéndoles quitar "á todos las armas, é tomando juramento dellos, y á otros la fé, se "aseguró de ellos." (2) Bajo estas condiciones volvieron sucesivamente cuantos se habían salido de la ciudad y dispersado por los campos: en cuanto á la caballería, mandada por Duero y por Bermúdez; cedió pronto á las promesas de Cristóbal de Olid y de Diego de Ordaz, entrándose á Cempoalla al ser de día.

Narvaez estaba preso en un aposento, sujeto con unos grillos, tendido sobre una cama; curábale su cirujano maestro Juan, mandado traer de las naos para asistir á los heridos. Cortés vino á visitarle para informarse de su estado y al reconocerle el herido capitán le dijo: "Señor capitán Cortés, tené en mucho esta victoria que de mí habeis tenido, y en tener presa á mi persona."—"Doy gracias á Dios respondió con énfasis D. Hernando, y á mis esforzados caballeros por la victoria; mas una de las menores cosas que he hecho en la nueva España es desbarataros y prenderos." (3) Al siguiente día de la prision entró en el aposento Alonso de Avila, y dirigiéndose á Narvaez le dijo: "Dadme unos papeles que traeis en el seno."—"No traigo papeles, respondió, sino las provisiones reales de S. M. por donde vine á tomar la gobernacion de esta tierra, si quereis que os las lea, traed un escribano que dellas dé fee."—Avila se le acercó insistiendo: "Dad acá que no traeis mas de unos papeles," y metiéndole mano al seno, á pesar de que se defendía le arrancó las

tonio Serrano de Cardona, tom. 1, pág. 181. Rodrigo de Castañeda, tom. 1, pág. 122.

(1) Resid. de Cortés; Alonso Pérez, tom. 2, pág. 86.

(2) Relacion de Andres de Tapia, pág. 591.

(3) Bernal Díaz, cap. CXXII.

escrituras y se las metió entre la ropa por los pechos. Narvaez daba voces gritando: "Señores que me roban é toman las provisiones reales de S. M., serme heis todos testigos.—"Sedle todos testigos, dijo tranquilamente Avila saliendo del aposento, que no le tomo sino unos papeles." (1)

La espléndida victoria del veinte y nueve de Mayo había cambiado por completo la situación de D. Hernando. Sin esperanza de socorro, urgido en México por Motecuhzoma para salir del país, amenazado por Narvaez y puesta á precio su cabeza, seguido por un corto número de parciales, la noche anterior estaba á dos dedos de su pérdida, arriesgando posición social, fortuna y vida; ahora era jefe de numerosas fuerzas, dueño de una flota, con recursos sobrados para afianzar y extender su conquista. La gente novelera se pasó alborozada á su bandera, en señal de lo cual los atabaleros de Narvaez tañeron con tanta insistencia, que para ponerlos en silencio fué preciso echar preso al principal de ellos llamado Tapia. Aquellos músicos repetían: "Viva, viva la gala de los romanos, que siendo tan pocos han vencido á Narvaez y á sus soldados;" aunque un negro llamado Guidela, muy gracioso y truhan que traía Narvaez daba voces repitiendo: "Mirad que los romanos no han hecho tal hazaña." Muchos venían á besar las manos del victorioso general, y cuando la caballería entró, "estaba sentado en una silla de caedras, con una ropa larga de color como naranjada, con sus armas "debajo, acompañado de nosotros. Pues ver la gracia con que les "hablaba y abrazaba, y las palabras de tantos cumplimientos que "les hacía, era cosa de ver que alegre estaba, y tenía mucha razón "de verse en aquel punto tan señor y pujante; y así como le besaban la mano se fueron cada uno á su posada." (2)

Desbaratado el ejército, inmediatamente envió Cortés al capitán Francisco de Lugo, con dos españoles, para que fuese al puerto en donde estaban los diez y ocho navíos de Narvaez, con orden de que viniesen á verle los maestros y pilotos; obedecieron, llegando á Cempoalla á besar las manos del general, quien les tomó juramento

(1) Resid. de Cortés, Andrés de Monjaraz, tom. 2 pág. 59; Alonso Ortiz de Zúñiga, tom. 2, pág. 143; Gerónimo de Aguilar, tom. 2, pág. 187; Garcia del Pilar, tom. 2, pág. 204; Juan de Mancilla, tom. 1, pág. 250; Francisco Verdugo, tom. 1, pág. 364; Juan Tirado tom. 2, pág. 13; Ruy González, tom. 1, pág. 344.

(2) Bernal Díaz, cap. CXXII.

de obedecerle y ejecutar cuanto les mandase. Quedó nombrado almirante y capitán de la mar, un hidalgo llamado Pedro Caballero; las naos fueron trasladadas á la Villa Rica; les fueron sacadas velas, ahujas y timones, recibiendo orden los capitanes, maestros y pilotos, de que si otros navíos llegaban de Diego Velázquez, prendiesen á los capitanes y quitando de aquellos las velas, ahujas y timones, les dejaran así hasta que otra cosa se les mandase. (1)

Aquel mismo día 29 entraron en Cempoalla los guerreros de Chinantla al mando de Barrientos, armados con sus largas picas é interpolado un flechero entre cada dos de lanza; iban en ordenanza militar, y parecían muchos más de los que en realidad eran. (2) Fueron los únicos indios que como comparsas asistieron al drama, si bien hizo exhibirlos D. Hernando para dar á entender á sus enemigos el influjo que entre los naturales gozaba.

Aquella señalada victoria costó en realidad poco. Aunque no puede prestarse entero crédito á las relaciones en materia de números, las pérdidas de ambas partes fueron casi insignificantes. Del lado de los vencidos murieron el alférez Fuentes, Rojas y otros dos capitanes, con pocos soldados; algunos fueron los heridos, contándose entre ellos el joven Diego Velázquez; de los tres tráfugas que de Cortés se fueron á Narvaez, Alonso Carretero murió, Escalona quedó bien herido y el chocarrero Cervantes bien apaleado. El cacique gordo de Cempoalla fué también herido dentro del aposento de Narvaez, en cuya compañía estaba á la hora del combate. (3)

Pánfilo de Narvaez dispuso su derrota con su carácter altanero, poca capacidad intelectual, desmedida y orgullosa confianza, é imperdonable descuido como general. Cuando en 1525 se vió en Toledo con el historiador Oviedo, desatábase en invectivas contra su vencedor. "Y en la manera de su prision la contaba muy al revés de lo que está dicho. Lo que yo noto desto es que con todo lo que oí á Narvaez, (como yo se lo dije), no puedo hallarle disculpa para su descuido, porque ninguna necesidad tenía de andar con Cortés en pláticas, sino estar en vela mejor de lo que hizo. É á esto decía él que le habían vendido aquellos de quien se fiaba, que Cortés le

(1) Bernal Díaz, cap. CXXII.

(2) Bernal Díaz, cap. CXXIII.

(3) Bernal Díaz, cap. CXXII.

había sobornado." (1) Todo esto en realidad no funda una verdadera disculpa, porque debió prevenir los efectos de un soborno que no le fué desconocido, vigilando cuidadosamente á los emisarios de su enemigo: su torpeza y descuido son sus principales culpas. Cortés venció más por el oro que por el hierro. En la batalla, se mostró astuto, arrojado, discreto y entendido capitán. En verdad de verdad, Narvaez era de muy pequeña talla para contender con D. Hernando. De los tres principalmente interesados, Diego Velázquez quedó castigado segunda vez como la primera, por andar confiando sus intereses á manos extrañas, cuando el asunto pide la persona misma; Pánfilo de Narvaez llevó el merecido de los propios defectos; D. Hernando se tomó otra vez sin justicia lo que no le pertenecía, para labrar su fortuna individual; pero en justicia, ahora se le puede otorgar mayor disculpa que en la ocasión primera.

(1) Oviedo, Hist. general, lib. XXXIII. cap. XII.